

# El concurso de canto

de Pablo Izurieta

Su nombre es Carla Sparsky, soprano, de unos treinta años. Viajó sola en un colectivo nocturno para llegar temprano en la mañana al Palacio de Artes de la pequeña ciudad de H .... Al llegar sentía los párpados afiebrados y un leve dolor de cabeza.

El edificio era una típica construcción de principios de siglo. El frente -que el municipio se encargaba de blanquear todos los años- estaba adornado con molduras que embellecían la parte superior de las altas ventanas. Presidía la entrada una escalinata de mármol que diariamente gastaban niños, profesores y padres envueltos en la agitación medida y amable de la pequeña comunidad.

El Palacio sería dentro de dos horas el escenario de un concurso para ocupar el cargo de soprano solista en el recién creado coro de la ciudad. Ella, Carla Sparsky, había llegado la noche anterior con la ilusión de obtenerlo. Hacía tiempo que, para subsistir, divagaba entre coros de mediana reputación y realizaba actuaciones en fiestas y casamientos, donde interpretaba aquellas canciones populares que en su niñez había detestado. Si bien su presente la mortificaba, los pensamientos de esas primeras horas del día le estaban revelando que quizás se estuviera acostumbrando a su forma de vida; ¿cómo era posible que empezara a aceptar cosas que hasta hace un tiempo le resultaban indignas?, ¿cómo había llegado a eso? A veces se sentía una extraña para sí misma.

Un cargo permanente en la provincia le serviría indudablemente para planear su futuro, establecerse económicamente y comenzar a escapar de la angustia que le provocaba la incertidumbre –ella no era un genio loco capaz de renunciar a

todo por su arte; era simplemente una persona normal con una garganta privilegiada-.

Más allá de todo, y por primera vez, estaba segura de su talento; el trabajo con Reneé Bonza le había dado el plafón que tanto había anhelado; ¡cuánto tiempo vivió confiando solo en su intuición; con la convicción de que tenía mente y corazón de artista! Finalmente su hora estaba llegando; pero le llegaba en soledad. Pocos sabían de sus progresos aún. Algunos de los que la conocían preferían seguir pensando en ella como en la niña que tiene el capricho de cantar, de subir al escenario y cosechar el aplauso del público; para muchos otros simplemente no existía.

En esto pensaba cuando entró al hall principal del edificio. Allí encontró a una mujer de pié que, mirándola de frente le preguntó --¿viene al concurso?

Ella asintió con la cabeza

-Soy la secretaria del Palacio de Bellas Artes –dijo la mujer sin tenderle la mano - sígame por favor.

Ambas subieron la escalera que conducía al primer piso para encontrarse con otro hall, más pequeño que el anterior, que hacía las veces de antesala de las cuatro recámaras que allí había. Sus puertas estaban cerradas, sin embargo no era difícil imaginar que se trataba de salas amplias con techos altos. De una de ellas salían los sonidos de un piano.

En el hall esperaban sentadas tres mujeres que cuando subió, la miraron fijamente. Eran jóvenes y tenían ese aire agresivo que caracteriza a los que luchan por alcanzar un lugar destacado.

Hizo un saludo general y se ubicó en un extremo del asiento alargado que estaba contra la pared. En los minutos siguientes otras mujeres, casi todas jóvenes y en general con aire presuntuoso, fueron llegando. Al cabo de media hora el número de aspirantes llegaba a doce. A simple vista podía reconocerse que procedían de

diferentes regiones del país. Solo unas pocas hablaban entre sí, siempre con el aire distante del que no quiere que nada lo perturbe y que a la vez está escondiendo sus mejores cartas. Ella prefirió limitarse a responder al saludo de las demás con cortesía y a mantenerse en silencio para escuchar mejor sus propios pensamientos.

De pronto, Haydé Arenas subió por la misma escalera por la que ella había subido veinte minutos antes y se ubicó en el centro de la antesala. Una vez allí cruzó miradas de familiaridad con algunas de las presentes, a las que seguramente conocía de sus célebres simposios en el Valle de los Sirios, o de otros concursos o clases magistrales. Todas la saludaron respetuosamente; ella también lo hizo.

Haydé Arenas era una de las pocas maestras de canto de prestigio que quedaban en el país. Especialista en el repertorio lírico francés había participado de algunas de las puestas operísticas más recordadas de los últimos quince años. Luego de un período de ausencia de la escena artística local había vuelto convertida en una auténtica estrella. Dotada de un encanto y una serenidad poco comunes en el ambiente, encaraba compromisos profesionales cada vez más ambiciosos saliendo airoso de cada uno de estos. Era por lo demás una trabajadora infatigable, que desde su departamento-estudio ubicado en la capital, planificaba junto a su secretaria la febril actividad que desarrollaba durante los doce meses del año y que incluía seminarios, conciertos y talleres a lo largo de todo el país. Más allá de su fama de fastidiosa era una persona respetada en un ambiente –el del canto- en el que el menor defecto era agigantado y usado a favor del descrédito personal. Más allá de todo su sola presencia otorgaba jerarquía al concurso aunque no lograra apartar del todo las suspicacias que giran siempre en torno a estos eventos.

Carla nunca había tratado personalmente a Haydé Arenas; solo la había escuchado una vez en el Teatro Apolo, antes de su misterioso retiro.

Luego de unas palabras de bienvenida dichas con la gracia y elegancia de una auténtica diva de la ópera Haydé Arenas anunció el sorteo para el orden de participación en el concurso. Le correspondió a la secretaria colocar luego papelitos con los nombres de las aspirantes en una bolsita de tela. Fue la propia Haydé quien los fue sacando a medida que los leía. Uno a uno fueron pronunciados los nombres de las aspirantes hasta que llegó su turno

-“décimo, Carla Sparsky”, anunció la Maestra.

Le extrañó escuchar su nombre resonando en aquél salón de techos altos.

Luego del breve acto Haydé Arenas se dirigió a la sala destinada para las audiciones donde el maestro pianista repasaba las partituras de las arias que cantarían las sopranos.

La secretaria les anunció que estaban disponibles las aulas del segundo piso para que pudieran vocalizar. Allí se dirigió rápidamente la soprano que cantaría en primer lugar. Con menor apuro fueron subiendo las demás.

Ella había vocalizado en el hotel antes de salir y la sola idea de encerrarse en una sala a repasar una vez más las arias con las que concursaría la agobiaba. Pensó que un paseo por el jardín del palacio podía relajarla. Discretamente bajó las escaleras ante la sorprendida mirada de la secretaria.

-voy a comprar una botella de agua; mintió

La otra no respondió.

Eran alrededor de las nueve de la mañana. Pese a que estaba en una región famosa por sus altas temperaturas y a que ya se avecinaba el estío, el calor a esa hora de la mañana era aún soportable. Era fácil percibir la pureza del aire, tan distinto al de la ciudad. También le llamó la atención la tranquilidad que reinaba

en el centro mismo de la localidad, no alterada por los pocos vehículos que circulaban a esa hora.

En vez de rodear la manzana cruzó la calle y se dirigió a la plaza central. La había visto esa mañana mientras se dirigía al Palacio de Bellas Artes y le había llamado la atención por el tamaño de los árboles que la circundaban y la belleza de sus dos fuentes. Al caminar por las veredas laterales pudo sentir la frescura de los árboles. También vio a niños pequeños jugar en los areneros custodiados por sus niñeras. Más lejos dos empleados municipales trabajaban en los canteros llenos de flores.

Contemplaba el sereno movimiento de la plaza cuando escuchó a alguien que cantaba acompañándose dulcemente con una guitarra. Buscó con la mirada la procedencia de aquel sonido y vio que venía del otro extremo de la plaza . Desde donde estaba pudo distinguir a un joven que, sentado en el suelo y con su instrumento ubicado entre ambas piernas, cantaba rodeado por unos pocos niños que lo escuchaban. Sus pasos la llevaron en esa dirección. En el trayecto que la separaba de ellos calculó el tiempo que transcurriría antes de que diera su prueba -una hora y media aproximadamente- y pensó en la mejor forma de administrarlo. Quizás caminaría una media hora más por el centro de la ciudad, luego comería alguna fruta y finalmente iría al palacio.

Al acercarse al grupo le llamó la atención la canción que ahora cantaban todos juntos. No se parecía en nada a los aires infantiles que ella conocía. Su melodía le recordó lejanamente al estilo de Mussorgsky. La poesía también era extraña.

Cuando estuvo delante no pudo evitar detenerse a escuchar. Habitualmente, al ver a los músicos ambulantes de la ciudad, seguía de largo - al fin y al cabo ellos hacían sobre el asfalto lo mismo que ella repetía cada día desde las gradas del coro -. Pensó que quizás en el fondo ya no creía, como cuando era niña, que la música le serviría para cambiar el mundo. Sin embargo los acordes y la voz de

quien tocaba en esta bella plaza de una ciudad perdida la sedujeron de tal forma que no podía hacer otra cosa que escuchar y dejarse arrastrar por los sonidos. Se paró en frente de ellos. Quizás estuvo así un minuto, quizás cinco hasta que el joven la miró a los ojos. Al encontrarse sus miradas se ella se sintió casi invadida por la serenidad y profundidad que emanaban de aquél extraño que, sentado en el césped y entre los niños, parecía ser la música misma, dando la sensación de estar al margen de toda vulgar preocupación .

Algo intimidada por la inocencia y fijeza con que el joven la miraba decidió a seguir su camino. Al darse vuelta se dio cuenta de que había sido “tocada” por ese hombre ; sus nervios registraban esa leve sensación que experimentamos cuando alguien nos ha impresionado vivamente.

Al llegar a la esquina notó que la música se había acallado. Dio unos pocos pasos más y ocurrió lo que estaba presintiendo: el joven la había seguido y estaba detrás de ella; la miraba y le sonreía. Ella no dijo nada.

El se tomó unos instantes para observarla y le dijo: -Ahora estoy seguro.

-¿Perdón?, le dijo ella.

-Que estoy seguro de lo que vi cuando se acercó.

-¿De qué habla usted?

-Ahora le contaré; ¿puedo acompañarla?

-Voy al Palacio de Bellas Artes, no se moleste, dijo ella tratando de mostrarse firme

-No es molestia; por otra parte es deber de los parroquianos atender al turista

-Ya quisiera ser turista- dijo con melancolía; vengo por trabajo

-Tiene usted una gran sensibilidad señorita, le dijo él sin atender a lo que ella le había contestado

-¿qué le hace pensar en eso?, contestó ella

-Muchas adultos pasan por aquí a diario pero ninguno se interesa por lo que canto como lo hizo usted. Solo los niños lo hacen

-Me gustó la canción, ¿es suya?

-No. la música no es de nadie –dijo, dando a la palabra *música*, una rara entonación

- me refiero a si la compuso usted

-No señorita; no creo haber compuesto nunca nada, simplemente escucho lo que suena dentro de mí

Ella lo miró en silencio. No podía explicar lo que le pasaba; simplemente sentía que no tenía secretos para ese joven que la miraba como nadie la había mirado.

Luego de la pausa le contestó

-¿Porqué dejó a los niños?, estaban con usted hace un rato

-la música ya ha actuado; cuando es capaz de curar a alguien hay que agradecer y seguir el camino.

-¿Curar?, preguntó

-De tristeza; a usted la música que escuchó hace un rato la curó de la tristeza; hizo una pausa y luego le dijo -...pero aún falta

-Discúlpeme, pero usted no me conoce

-Creo que ya sé bastante; sé que es de la ciudad y que ama la música

Le resultaba muy extraño el modo de dirigirse a ella de aquél personaje. Sin embargo le gustaba, pareciéndole además de una franqueza inaudita.

-Me dedico a eso; a la música, le contestó luego

Él la miró como invitándola a que siguiera hablando.

-Quiero decir que estudio música; que canto, que enseño, que me gano la vida con ello

El se quedó pensando; ella siguió

-¿Qué le sorprende?, usted también es músico ¿no?

-Nunca lo pensé así. Le contestó él; le dije que la música no es de nadie

-Pero ¿de que vive?

-De mi trabajo; y cuando tengo tiempo, vengo a cantar con los niños

-La música también es un trabajo

-La música es música; señorita ... ¿cuál es su nombre?

-Carla, le dijo ella

-Carla, ... repitió el lentamente; parecía divertirse diciendo su nombre-, mire esa planta. Estaba señalando un hermoso arbusto florecido;- ¿para usted florecer es *trabajar de planta?*

Ella rió

-¿Pero que tiene que ver eso con la música?,le dijo

-En que las plantas florecen y la música suena; para mí no hay diferencia

-Pero a la música la hacen las personas

-Las personas también crecen, florecen...y se marchitan. Mire Carla; le voy a contar una pequeña historia; siéntese; no me llevará más de diez minutos.

Y sentados en un banco de la plaza él le refirió lo que sigue.

Quando yo era pequeño vivía en un pueblo cercano a H ...; allí nuestros días eran muy tranquilos; íbamos a la escuela y después a jugar al campo. Las ocasiones más esperadas eran las fiestas y reuniones familiares, por entonces llenas de magia y encanto. En ellas veíamos a los campesinos tocar sus guitarras y cantar las canciones que todos conocían. En ese tiempo yo tenía un vecino de mi misma edad a quien me igualaba la fascinación por el sonido de las guitarras y el canto. Por las tardes nos reuníamos para intentar tocar música en la vieja guitarra a medio encordar de su padre. Poco a poco fuimos descubriendo los sonidos; las posiciones y los rasgueos de nuestros admirados musiqueros. Al cabo de un tiempo comenzamos a tocar en las fiestas de nuestro pueblo y luego

en los parajes vecinos, adonde había llegado la noticia de dos niños que tocaban la guitarra como nadie en la zona. Era para nosotros una fiesta ver a todos bailar y cantar mientras tocábamos.

Alrededor de los 17 años ambos partimos del pueblo; yo a trabajar y a estudiar en la escuela de agronomía y mi amigo para convertirse en un verdadero músico profesional en la ciudad. Cada tanto me llegaban noticias de él por sus parientes; y cada dos meses recibía una carta suya: en ellas me contaba de sus progresos. Poco a poco mi amigo empezó a parecerme cada vez más un extraño. Sus primeros logros lo llevaron al exterior donde realizó conciertos junto a músicos famosos. Ganó algo de dinero y pudo grabar su primer disco, que me envió envuelto en un sobre lujoso con una dedicatoria. Sentí una gran emoción al abrir el paquete y ver su foto en la portada; sin embargo esta duraría muy poco. Al escuchar el disco no pude reconocer en absoluto a mi amigo; nada tenía ese sonido de instrumento lujoso grabado en un estudio profesional de su encanto al tocar; no había rastros en él de las tardes llenas de fantasía ni de las fiestas del pueblo. El *no estaba* en lo que tocaba. Mientras escuchaba el disco pensaba en todas las cartas que me había enviado contándome de las amistades que había hecho en su carrera; en los alumnos que acudían a él en busca de consejo y que muchas veces rechazaba para dedicarse con más esmero a su música; en el aplauso de la gente; en los datos de la música actual que, con aire erudito deslizaba de vez en cuando; en los diarios que comentaban sus conciertos .

Nunca más pude escuchar el disco. Al poco tiempo dejaron de llegar también sus cartas.

Hace dos años me enteré de que daría un recital en una ciudad vecina. Allí acudí con la ilusión de verlo; también llevé mi guitarra para contarle con ella lo que hablando no habría podido referirle. Cuando estaba llegando al teatro vi a alguien que bajaba de un auto y que físicamente se le parecía; algo que vi en él

hizo que sintiera un dolor en la frente y una puntada en el corazón; no me acerqué temiendo que aquél fuera mi amigo. Tampoco pude entrar en el teatro. Sentí que nada tenía que hacer allí; pegué media vuelta y me alejé con mi guitarra anudada a la espalda.

Hace tiempo que no nos llegan noticias tuyas; alguien me dijo que se había ido a vivir a otro país; otro que había dejado la música para dedicarse a los negocios; pero nada en concreto.

Ella había escuchado la historia atentamente. Estaba conmovida. Cuando el muchacho terminó de hablar miró su reloj y vio que le quedaba poco tiempo para su prueba. El joven entendió su preocupación y se ofreció a acompañarla. Lo hizo hasta la esquina misma del Palacio de Bellas Artes, se despidieron brevemente. Ella dio media vuelta y recorrió los metros que la separaban de la entrada al edificio mientras luchaba por ordenar en su cabeza lo que había vivido junto a aquel extraño a quien probablemente no volvería a ver. Subió lentamente las escaleras y deteniéndose ante la entrada del palacio pensó en la historia que acababa de escuchar. En veinte minutos estaría cantando para el jurado. Pero, ¿quién era aquel hombre que le había hablado?, ¿qué tenía que ver la historia que había escuchado con su propia historia? Pensó que debería estar algo confundida y sin embargo estaba tranquila. De todas maneras ahora debía hacer la prueba; quizás después pensara en lo que había vivido en aquella plaza de provincia. Además algo le decía que esta vez la suerte la acompañaría ...

Buenos Aires, noviembre de 2006

